

● LAS IRAS DEL PODER:
CAPITALISMO Y
FUNDAMENTALISMOS



Jeff Mermelstein

TERRORISMO Y DOBLE MORAL LA PARTE OSCURA DE LA HISTORIA

Carlos Figueroa Ibarra

En *Genealogía del racismo*, Michel Foucault escribió que, durante mucho tiempo, el discurso histórico estuvo emparentado con los rituales del poder, que la función tradicional de la historia fue enunciar el derecho del poder y la intensificación de su esplendor. Más aún –agregó el pensador francés– parecía que en este tipo de historia el deber de la memoria era asegurar el olvido (1996, pp. 59, 60, 65). Todas estas expresiones, así como el análisis de Foucault con respecto a la historia enterrada –aquella que estaba en “la parte de la sombra”– pese haber sido inspirados por hechos distintos a los que ahora motivan estas líneas, acaso nos sirvan para recordar que la memoria es uno de los tantos finos y a la vez férreos hilos del poder. Recordar determinados hechos, olvidar otros y, al mismo tiempo, recordar todos ellos desde los valores del triunfador, forma parte del discurso histórico como discurso de la dominación.

Cuando se piensa en todo lo dicho y visto en los medios de comunicación desde el martes 11 de septiembre de 2001, con motivo de los atentados terroristas en Nueva York y Washington, lo expresado por Foucault parece tener gran actualidad: estamos sometidos a una visión del pasado, del presente y del futuro que es modelado y significado por los grandes poderes mundiales. Se nos recuerda la barbarie del nazismo, pero rara vez se menciona que en los bombardeos nocturnos de la Real Fuerza Aérea británica sobre Hamburgo murieron 42 mil civiles, y que la impiedad estadounidense sobre las ciudades alemanas (Dresden, por ejemplo) mató también a decenas de miles. La memoria del siglo XXI cuenta en su haber,

por fortuna, la infamia nazi contra los judíos, pero olvida o deja de lado que los bombardeos aliados indiscriminados contra Alemania y Japón fueron una opción racionalmente planificada para disminuir bajas y desmoralizar a los alemanes.

En Estados Unidos de América, algunas voces importantes (Noam Chomsky, Michael T. Klare, Susan Sontag, Howard Zinn, Edward Said, entre otros) se han elevado en contra de la interpretación dominante de los hechos de septiembre de 2001; otras, no tan notorias como las mencionadas, expresadas sobre todo en universidades e iglesias, ya han empezado a ser reprimidas por un recrudescido autoritarismo al interior de lo que se ha llamado "la gran democracia".

TERRORISMO Y GUERRA JUSTA

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 tienen un sentido que inequívocamente debe calificarse como un despiadado ataque terrorista. Para fundamentar lo anterior conviene, desde el principio, delimitar qué es terrorismo, puesto que se ha abusado del término. Cuando un Estado o una organización ejecutan una acción violenta que tiene como objetivo intimidar a sus enemigos y para ello eligen como blanco indiscriminado a civiles y militares, dicha acción violenta es una acción terrorista. No basta con que el propósito fundamental del ataque sea la propalación del miedo, sino que los ejecutores de la acción violenta no tengan escrúpulo alguno en aniquilar a gente ajena a los ejércitos en conflicto. Más aún, el hecho que civiles mueran como consecuencia del ataque se convierte en el propósito deliberado del mismo.

A esta definición de terrorismo podría objetarse que en todas las guerras mueren civiles (es sabido que la proporción es de diez civiles por un militar), por lo que todas las guerras serían actos terroristas. Pero ésta es una objeción que fácilmente puede rebatirse con un ejemplo: cuando las fuerzas aliadas de la Segunda Guerra Mundial decidieron bombardear ciudades alemanas y japonesas con el propósito de que la muerte masiva de civiles desmoralizara a sus enemigos, estaban transformando la guerra en actos de terrorismo.

Y si la violencia es de suyo condenable, por definición una acción terrorista lo es mucho más. Es importante dejar sentado esto desde un principio cuando se analizan los acontecimientos del 11 de septiembre y las ominosas consecuencias que a todos nos traerán.

Puesto que la violencia siempre es un acontecimiento terrible para los seres humanos, los actos de esta naturaleza que ejecutan Estados y organizaciones siempre han necesitado una legitimación. La noción de *bellum justus* ha nacido de dicha necesidad legitimadora. Aun Maquiavelo, quien es conocido por la diferenciación que hizo entre ética y política, no pudo sino darle un sentido ético a la asociación de política y violencia, cuando impregnó a su famoso libro con el espíritu de la máxima: “el fin justificaba los medios”. Hoy, cuando empezamos el siglo XXI y contemplamos los horrores del XX, en materia de violencia en general y de guerras en particular, podemos decir con solvencia que nunca habrá un fin, por justo y necesario que sea, que amerite el genocidio, las violaciones a los derechos humanos y el ejercicio indiscriminado de la violencia que convierte en objetivos militares a individuos o conglomerados civiles.

Desde esta óptica, transformar en poderosísimas bombas, aviones civiles llenos de gente no involucrada en el conflicto que animaba a los terroristas del 11 de septiembre, y asesinar de esa manera a 4 o 5 mil personas en el World Trade Center y en el Pentágono, sólo puede ser visto como un crimen de lesa humanidad.

TERRORISMO Y DOBLE MORAL

Sin duda, nos ha dejado perplejos el espectáculo terrible de los seres humanos atrapados en el incendio que sucedió a los atentados terroristas, de hombres y mujeres tirándose al vacío de manera desesperada, de las Torres Gemelas derrumbándose estrepitosamente, aunque es igual de sorprendente constatar, una vez más, que en el mundo existe una doble moral para calificar las infamias que hacen a la historia humana. De manera desvergonzada o desmemoriada, los medios de comunicación califican los infaustos acontecimientos de Nueva York y Washington “como el mayor atentado terrorista de la historia”. Aun el despiadado

crítico del poder, Noam Chomsky, en una conferencia ofrecida en el Massachusetts Institute of Technology, declara que “probablemente se trata del atentado que produjo el peor número de víctimas súbitas de cualquier crimen”.

Ciertamente, líneas atrás la declaración ha sido matizada al decir que es el peor atentado “fuera de una guerra”. Sin embargo, pese al matiz, la afirmación es imprecisa puesto que el mismo Chomsky considera que el terrorismo no es sólo un arma de los débiles, sino preferentemente de los fuertes, lo que quiere decir, esencialmente, los Estados Unidos de América. Acaso la raíz de tal imprecisión se deba a que Chomsky, movido por afán irónico, acepte de manera acrítica la definición de terrorismo ofrecida por la administración Reagan hace 20 años: “cáncer que es propagado por bárbaros, por oponentes depravados de la civilización misma” (Chomsky, 2001, p. I, II). En realidad, la violencia es atributo humano, por tanto una acción racional. El terrorismo es un producto de la civilización y sus ejecutores forman parte de la misma. Hay una profunda racionalidad, perversa si se quiere, detrás de los atentados terroristas del 11 de septiembre.

La doble moral que se vuelve cinismo, hace que Henry Kissinger nos ofrezca una definición más precisa de terrorismo. En una conferencia dictada a fines de octubre de 2001 en el London's Center For Policy Studies definió al terrorismo de manera parecida a como lo estamos haciendo en este trabajo: “ataques indiscriminados contra civiles con el objetivo de romper el tejido social” (Gilly, 2001, p. 6). Tanto la emocional definición de terrorismo brindada por la administración Reagan, como la más fría ofrecida por Kissinger evidencian que la doble moral del poder imperial es tan apabullante que olvida o ignora que sus afirmaciones sobre qué es terrorismo califican también sus actos más ignominiosos.

El poder mundial usa el recurso mediático para hacernos olvidar que los mayores atentados terroristas los cometió el gobierno de los Estados Unidos de América el 6 y el 9 de agosto de 1945, cuando lanzó las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. En Hiroshima, según datos ofrecidos por los Estados Unidos de América, murieron como consecuencia inmediata de la explosión 79 000 personas; diez kilómetros cuadrados –cerca del 60% de la ciudad quedaron convertidos prácticamente en terrenos

baldíos. En Nagasaki la bomba mató a 39 000 personas. En total ambos actos terroristas arrojarían, según las fuentes estadounidenses, un total aproximado de 120 000 víctimas. Las fuentes japonesas elevan al doble la cantidad: 240 000. Y estas cifras no mencionan las numerosas secuelas que la radioactividad dejó en seres humanos, fauna y flora. De acuerdo a la definición que estamos usando, estos acontecimientos serían los más grandes actos de terrorismo que habría registrado la historia.

Y si la historia registrará a Osama Bin Laden como uno de los más grandes y perversos terroristas, por alguna razón misteriosa Harry S. Truman –el presidente estadounidense que dio la orden de lanzar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki– no ha sido recordado hasta ahora como terrorista. La memoria del poder nos hace olvidar que en las horas siguientes al estallido de la bomba en Hiroshima, Truman pronunció un discurso en el que advertía al mundo que si los japoneses no se rendían, la humanidad observaría los más grandes actos de terror nunca antes vistos. Más o menos 120 mil personas –la inmensa mayoría civiles– murieron como consecuencia de un acto que ni siquiera tenía en el ejército japonés su único o principal destinatario. Lo sucedido en agosto de 1945 fue un acto terrorista, cuyo contenido estaba menos vinculado a la Segunda Guerra Mundial que a la naciente Guerra Fría.

Desde principios de los años sesenta, en su famoso libro *Los condenados de la tierra*, Frantz Fanon denunciaba que siete franceses muertos o heridos a manos de la resistencia argelina, causaba en el mundo mayor conmoción que miles de asesinados por el poder colonial (1983, p. 81). Las muestras de desolación expresadas por jefes de Estado, las oraciones, los minutos de silencio, en suma, las múltiples demostraciones de pesar por las víctimas del 11 de septiembre no se han dejado esperar. Pero cuando quienes sufren actos de terrorismo en la periferia, no son blancos, ni son occidentales, no vemos tanta pena o conturbación. En los Estados Unidos de América los medios recuerdan consternados que en Vietnam murieron 58 000 estadounidenses, pero rara vez mencionan que en dicha guerra un millón de vietnamitas del norte y otros 800 000 en Vietnam del Sur corrieron la misma suerte.

Yaser Arafat en Palestina, Kadafi en Libia, Sadam Hussein en Irak y

ahora Osama Bin Laden en Afganistán, en diversos momentos han sido personificaciones del mal; pero no se menciona que los bombardeos estadounidenses y de la coalición que encabezaban, durante la guerra del Golfo Pérsico mataron a 100 000 personas en Irak. Tampoco se dice que, como consecuencia de los sucesivos bombardeos y la destrucción de la economía irakí, en la última década han muerto un millón y medio de iraquíes, entre ellos 500 000 niños. No se recuerda que el bombardeo a Sudán destruyó la principal fábrica de medicinas de ese país, situación que causó terribles consecuencias a su población civil. Se olvida las masacres de Shabra y Shatila a manos de cristianos libaneses bajo la supervisión israelí, que cobraron la vida de 1 800 palestinos. No se dice que los bombardeos que el Estado de Israel efectuó sobre Líbano causaron la muerte de, al menos, 17 000 personas.

Los medios también nos dicen que los integrantes de las organizaciones palestinas extremistas, como Hamas y el Frente Popular de Liberación Palestina (FPLP), son “enloquecidos fanáticos” que estrellan coches bomba, o bien envueltos en explosivos se inmolan y matan a gente inocente. Descartando que sean enloquecidos fanáticos, podemos aceptar que son terroristas que asesinan indiscriminadamente a civiles y militares, a niños y adultos. Pero desconocemos que al cumplirse un año del inicio de la segunda Intifada en Palestina, 175 israelíes fueron asesinados por los extremistas palestinos mientras las fuerzas represivas israelíes (dirigidas por extremistas fundamentalistas como Ariel Sharon) habían matado a 671 palestinos, es decir que aproximadamente por cada israelí asesinado, habían matando a seis palestinos.

A través de un discurso pronunciado ante el Congreso de los Estados Unidos de América, el presidente Bush exigió al gobierno de los talibanes la entrega de Osama Bin Laden y de la dirigencia de su organización, a efecto de enjuiciarlos por sus actos terroristas; pero Orlando Bosch y Luis Oswaldo Posada Carriles –terroristas que con el auspicio de la CIA fraguaron la explosión del avión de Cubana de Aviación en 1976 que mató a 73 personas, entre ellas al equipo juvenil cubano de esgrima– fueron amablemente recibidos y protegidos en los Estados Unidos de América. Hoy Posada Carriles está preso en Panamá, pero no por su perverso acto, sino

porque fue detectado en una de las múltiples tentativas de asesinar a Fidel Castro. Hoy Slovodan Milosevic enfrenta a la justicia universal en el Tribunal Internacional de La Haya por haber encabezado uno de los genocidios observados en los Balcanes, pero Pinochet en Chile y Ríos Montt en Guatemala muy probablemente terminen sus días en la impunidad.

INTERPRETANDO LOS ACTOS TERRORISTAS:

LAS CONSTRUCCIONES DE LA VERDAD DEL PODER

En la interpretación de lo que fue alevosamente atacado el 11 de septiembre también puede verse esa indignante construcción de la verdad del poder. Podemos aceptar sin reservas la explicación que ha dado Mary Robinson, la alta comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, quien ha dicho que lo sucedido es un ataque contra la humanidad. Todo ataque terrorista tiene esta connotación.

Pero aparte de lo dicho por Robinson, las interpretaciones de lo sucedido son verdaderamente curiosas. Osama Bin Laden termina su discurso, difundido el mismo día que empezó el bombardeo de Afganistán, diciendo que hoy el mundo presencia la lucha entre fieles e infieles. Visión maniquea que complementa su interpretación de que lo sucedido en Nueva York y Washington fue un designio de Alá. En nombre de Dios se han cometido las infamias más grandes. Podemos convenir con un ateo confeso como lo es José Saramago, que Dios es inocente y ajeno a semejantes infundios.

Pero Bush no se ha quedado atrás de Bin Laden. Junto a Ariel Sharon interpreta maniqueamente lo sucedido como la lucha entre el bien y el mal; ha denominado la guerra que ya estamos viendo como una “cruzada”, es decir, una lucha de los fieles contra los infieles. Se ha declarado el operador político de Dios en la Tierra y por ello, de manera estúpida, en un principio, llamó a la guerra Justicia Infinita y al igual que el Dios del Antiguo Testamento, lanza su implacable ira sobre Afganistán a través de los misiles Tomahawk y Cruiser que cuestan entre 600 mil y un millón y medio de dólares cada uno. Y al mismo tiempo, como muestra de su “infinita bondad”, junto a los iniciales bombardeos lanza el maná en forma de 37 000 raciones de alimentos a un pueblo constituido por

casi 26 millones de hambrientos, aproximadamente cinco de ellos refugiados en Pakistán y en Irán.

Fiel a su tradición de obsecuencia frente al imperio, la Organización de los Estados Americanos ha interpretado el ataque como una agresión a “todo el continente”. Puesto que “América es para los americanos”, reza la OEA, lo que va contra Norteamérica va también en contra de América Latina y el Caribe. Se postula una identidad de intereses que va en sentido contrario a lo que ha sido la historia de la región en los últimos 200 años.

No pocos han interpretado lo sucedido como un ataque a la civilización. Una variante de dicha interpretación la encontramos en el libro *El choque de civilizaciones* de Samuel P. Huntington, publicado en inglés en 1996, según el cual en el mundo de la Posguerra Fría, son los conflictos entre culturas distintas los esenciales. Lo que está detrás del postulado es que lo atacado el 11 de septiembre es la civilización, es el arcaico binomio civilización-barbarie, en el que los atacantes serían los representantes de la barbarie. Desde hace un tiempo, y como consecuencia de una creciente población islámica en Europa y Estados Unidos, las manifestaciones de racismo y xenofobia contra la población musulmana han ido en aumento. Con torpeza inaudita, Berlusconi en Italia ha declarado la superioridad de la civilización europea sobre la musulmana. Y de manera más elaborada, en su último libro sobre multiculturalismo, *La Sociedad Multiétnica*, el politólogo italiano Giovanni Sartori advierte sobre los peligros que representa para la civilizada Europa, la presencia islámica con toda su carga de intolerancia y fanatismo. Sin rubores afirma, en alusión implícita a la cultura islámica, que no todas las culturas tienen el mismo valor, que sostener la igualdad de éstas es un ridículo relativismo absoluto (2001, pp. 79-80).

También ha habido quienes interpretan el terrible acontecimiento como un ataque contra la democracia por parte del fanatismo y la intolerancia. Sin ambages, en un artículo publicado en el periódico *La Jornada* en los días posteriores al 11 de septiembre, Ugo Pipitone (2001, p. 45) identifica a Estados Unidos de América, pese a sus recurrentes tentaciones “imperialistas”, como “una de las grandes democracias del mundo actual”. Por lo tanto, el ataque a las Torres Gemelas no fue una ofensiva contra dicho país

sino contra una forma de convivencia civil, la democracia, que Occidente se ha demorado dos mil años en hacerla posible.

No veo razones muy sólidas para hacer de los Estados Unidos de América la representación en este mundo de la democracia. En primer lugar, en el ámbito interno, el sistema político estadounidense puede ser cuestionado desde la perspectiva misma de la teoría de la democracia. Lo sucedido en los meses siguientes a los atentados terroristas da pábulo a dicho escepticismo: crecimiento de la intolerancia contra las voces disidentes en el contexto de la guerra en Afganistán, propuestas de restricciones a las libertades civiles, instauración de tribunales secretos para juzgar extranjeros sospechosos de terrorismo, censura y autocensura de los grandes medios de comunicación, persecución al interior de las universidades de académicos que critican el poder. En segundo lugar, a menos que demos por cierto todo aquello del “destino manifiesto” de nuestro vecino del norte, en lo que se refiere a su ámbito externo, no ha sido la democracia la preocupación fundamental de Washington. Considerando aparte la política de auspicio y sostenimiento de las dictaduras militares y terroristas en América Latina (aquí, al otro lado del río Suchiate hubo una que mató a 200 mil personas y desapareció a otras 45 mil), en el propio Medio Oriente desde 1945 –ocupando la presidencia Roosevelt– los Estados Unidos de América amarraron una sólida alianza en Arabia Saudita con la familia Ibn Saud, representativa de uno de los regímenes más autoritarios y opresivos que hoy existen en el mundo. En Arabia Saudita no ha habido oposición, ni rotación de gobernantes, ni siquiera Constitución política. Y si hoy presentan a Hussein y a los talibanes como las cabezas visibles de dos de los regímenes más autocráticos de la región, hay que recordar que en su momento éstos fueron apoyados o creados por los Estados Unidos de América. Además, hoy Pakistán, encabezado por el general Pervez Musharraf, es el resultado de una larga intervención estadounidense en la región al calor de la lucha contra la intervención soviética en Afganistán.

IMPERIALISMO Y FUNDAMENTALISMO

El ataque contra las Torres Gemelas y el Pentágono no fue un acto del mal contra el bien, tampoco contra la civilización por parte de la barbarie. No fue un ataque en contra de la democracia por parte del fanatismo y la intolerancia, ni mucho menos un ataque en contra de todo el continente americano. Lo que sucedió el 11 de septiembre de 2001 fue el ataque de un sector extremista de una identidad cultural y religiosa que se siente agraviada en contra de un poder imperial. Los aviones destrozaron el símbolo del poder económico del imperio, se enfilaron contra el símbolo de su poder militar y, según se especula, el tercer avión secuestrado bien podría haberse dirigido en contra de alguno de los símbolos del poder político, sea el Capitolio, la Casa Blanca o Campo David.

Samuel P. Huntington ha expresado en el libro ya citado que: “En este nuevo mundo, los conflictos más generalizados, importantes y peligrosos no serán los que se produzcan entre clases sociales, ricos o pobres u otros grupos definidos por criterios económicos, sino los que afecten a pueblos pertenecientes a diferentes entidades culturales” (2001, p. 22). Independientemente de que se puede estar de acuerdo con la afirmación de que los conflictos de clase no son los únicos, ni siempre los más importantes en la esfera de lo social, el argumento de Huntington pretende tapan el sol con un dedo. Ya Rossana Rossanda, en un artículo publicado en *Il Manifesto*, nos ha recordado que en la interpretación de los acontecimientos que conmocionaron al mundo en los últimos cuatro meses de 2001, la noción de imperialismo debe ser retomada.

El imperialismo estadounidense (y disculpen ustedes el arcaísmo pero concuerdo con Rossana Rossanda en que dicho arcaísmo no lo es tanto) tiene amplias razones para empeñarse en su presencia política y militar en la región: Arabia Saudita posee 25% de las reservas mundiales de petróleo (un bien cuya escasez será parte del conflicto mundial en las próximas décadas); si a este país le unimos Kuwait, Irán, Irak, Qatar, Omán, Israel y parte de lo que fue la Unión Soviética (Siberia, por ejemplo) resulta que el anterior porcentaje sube a 65%; las repúblicas islámicas centroasiáticas que en un tiempo pertenecieron a la URSS, en particular

las limítrofes con Afganistán (Turkmenistán y Uzbekistán), son en potencia la tercera región más importante del mundo (después del Golfo Pérsico y Siberia) en materia de petróleo y sobre todo de gas natural; a esto se puede agregar el oro en el mismo Uzbekistán, la plata y el uranio en Tadzikistán, y el petróleo y el gas en Kazajstán.

Las tierras fronterizas entre Afganistán y Pakistán (conocidas como la Golden Crecent) han sido el productor de opio número uno del mundo (75%) y proveedor de 60% del opio, que transformado en heroína, se consume en Estados Unidos de América y de 70% que se consume en Europa. El negocio rinde ganancias entre 100 y 200 mil millones de dólares al año (nada mal, si son ciertos los cálculos referentes a que el narcotráfico mundial genera ganancias por 500 mil millones de dólares al año) y en seis años (1979-1986) se elevó el número de opiómanos en Pakistán de 0 a 1.2 millones de personas (Chossudovsky, 2001, p. 4).

En este complejísimo nudo de intereses se encuentra metido Afganistán; un país en el cual sus habitantes tienen una expectativa de vida de apenas 43 años y un ingreso anual per cápita de 220 dólares. Un país de 650 mil kilómetros cuadrados en ruinas por una sequía de cuatro años y plagas de langosta. Con un ejército de 45 mil hombres y 300 mil mujaidines, 650 tanques y hasta hace dos días 75 aviones de combate, agotado por los largos años de guerra y las infamias del fanatismo religioso, con un enemigo (la Alianza del Norte) actuando dentro de su territorio, sin las miles de toneladas de armas y miles de millones de dólares proporcionados por Estados Unidos de América para resistir la invasión soviética, es difícil pensar que el régimen talibán durará mucho tiempo.¹

Los talibanes cuentan con la larga tradición guerrera de los afganos, con los 10 millones de minas antipersonales que serán útiles para una guerra irregular (dicho sea de paso, a principios de los años noventa, entre 20 y 24 afganos morían diariamente por efecto de las minas, hoy mueren 88 cada mes), con las posibles rebeliones musulmanas en contra de los regímenes islámicos que se han alineado con los Estados Unidos de América, con la lógica de un conflicto que puede irse expandiendo hacia otros países en los cuales existen bases terroristas y con los ataques estadounidenses a otros países árabes considerados hostiles al imperio

(Irán, Siria, Irak, Libia y Sudán). Cuentan con un alargamiento y ensanchamiento del conflicto que se le puede revertir a Washington.

Y en este escenario, sobre todo los rebeldes musulmanes contarán con la fuerza del arma que nace de su propia debilidad frente al imperio: el terrorismo, que puede ser llevado –ya lo hemos visto– hasta el interior mismo de los Estados Unidos de América. Al menos eso es lo que juró Osama Bin Laden que haría mientras la paz no reinara en Palestina, y lo que él llamó “el ejército de los infieles” no hubiera salido de las tierras sagradas de Mahoma.

El más grande villano construido por el poder mundial a principios del siglo XXI podrá ser muerto o capturado. Pero es fácil pensar que a la par de la guerra contra el narcotráfico, los Estados Unidos de América se han embarcado en un largo y penoso conflicto, que no será solucionado sino hasta que se arranquen sus raíces.

NOTAS

¹ En efecto, a mediados de noviembre de 2001, el régimen talibán se había derrumbado y sus partidarios se habían transformado en una acosada guerrilla.

BIBLIOGRAFÍA

- Chomsky, Noam, “Injusticia Infinita. La nueva guerra contra el terror”, *Perfil de La Jornada*, México, 7 de noviembre de 2001.
- Chossudovsky, Michael, “Osama Bin Laden: Un guerrero de la CIA”, suplemento de *La Jornada*, México, 23 de septiembre de 2001.
- Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Foucault, Michel, *Genealogía del racismo*, Caronte Ensayos, La Plata, 1996.
- Gilly, Adolfo, “México contra el terrorismo”, *La Jornada*, 10 de noviembre de 2001, México, p. 6.
- Huntington, Samuel P. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Editorial Paidós, México, Buenos Aires, Barcelona, 2001.

TERRORISMO Y DOBLE MORAL...

Pipitone, Ugo, “¿Qué cambió después del 11 de septiembre?”, *La Jornada*, 25 de septiembre de 2001, México, p. 45.

Sartori, Giovanni, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Editorial Taurus, Madrid, 2001.